

En la región de los hielos

DRAMA EN UN ACTO, EN VERSO

ORIGINAL DE

Santiago López de Medrano y Palma



1916

Al maravilloso poeta Francisco Villaespesa, dedica este humilde ensayo su admirador.

El Autor

9

En la región de los hielos

DRAMA EN UN ACTO, EN VERSO

ORIGINAL DE

Santiago López de Medrano y Palma



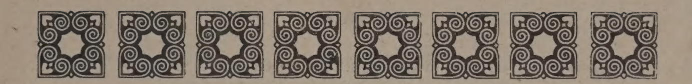
1916

Tipografía «Hispania» - Luna, 27 - Madrid

PERSONAJES

Elena.
Leopoldo.
Wilson, doctor.
John Galton, capitán.
Falcón.
Wild.
Tom.

La acción en las tierras del Polo Norte.
Epoca actual. Derecha e izquierda del actor.



ACTO ÚNICO

La escena representa la entrada de un puerto rodeado de hielos; en el foro, llegan éstos a gran altura, dejando un camino practicable que va a subir a una especie de rotonda, y otro que, al ras del suelo, se pierde entre los hielos. A la derecha, una choza construída con carbón y cubierta por la nieve; junto a la puerta de la choza, vése una lumbre que chisporrotea sin violencia. En el fondo, a la derecha, sobresalen cubiertos de nieve los mástiles de un navío.

ESCENA PRIMERA

WILD y TOM, sentados alrededor de la lumbre.

WILD. Calor mezquino, este fuego
da a nuestros cuerpos helados.
TOM. Como mezquino, es mezquino;
mas, ¿qué calor pueden darnos
cuatro brasas mal contadas,
en este país extraño
donde hasta las más hermosas
pasiones se han congelado?
WILD. Razón tienes, Tom. Mas dime,
—la conversación variando—:
¿Tú sabes lo que se dice
de la partida? Tan raros
son los rumores que van
entre todos circulando,
que nada acierto a creer.
TOM. En tal situación estamos
que todo cuanto se diga
puede creerse fundado.

Sé, por datos fidedignos,
que hoy de este punto marchamos
yendo siempre en pos del polo.

WILD. ¿Pero es posible?

TOM. Es exacto.
Tengo pruebas que no fallan.

WILD. Será así; mas el estado
del belga es tan alarmante,
que sería horrible cargo
de conciencia acometer
tal empresa.

TOM. Eres muy cándido.
¿Cargos de conciencia has dicho?
¡Loco! Hay que poner en claro,
primero, si la conciencia
con el frío no se ha helado
como se hielan los cuerpos.

WILD. ¡Qué cosas dices!

TOM. Lo que hablo
posee su fundamento
y está de todos probado.
Tú sabes, cual lo sabemos
los pocos que hemos salvado
la pelleja en esta empresa
que, sin duda, manda el diablo,
que el belga y el capitán
fueron como un solo brazo
y un solo cerebro en este
viaje estupendo.

WILD. Y que escasos
hombres fueron tan amigos.

TOM. Y también sabrás el caso
de que habiendo el capitán,
por nuestro mal, ideado
la conquista de estos mares,
y como se hallase falto
de dinero, en tal apuro
hubo de pedirle amparo
a la esplendidez del belga.

WILD. Amparo que fué otorgado.

TOM. ¡Con creces! Que no pensara
encontrar filón tan franco
el capitán. Cuanto ha habido
que gastar, él lo ha pagado.
Y todo por tomar parte
en la expedición.

WILD. ¡Qué parco
es en pedir recompensa!
Justo es que si conquistado
es por nosotros el Polo,
de la fama en el reparto
le corresponda un buen lote.

TOM. Pues en eso está lo malo.
Aquí están representadas
dos naciones que de antaño
se disputaban, rivales,
de estas regiones el mando.
Aquí está Inglaterra, y Bélgica
con ella se halla alternando.
Mucho temo que no salga
algo funesto del trato.

WILD. Quizá te equivoques.

TOM. Yo
bien lo quisiera, muchacho,
por bien de todos.

UNA VOZ. (Gritando por el foro.) ¡Socorro!

LOS DOS. (Mirándose asombrados.) ¿Qué es eso?

LA MISMA VOZ. ¡Ay!

WILD. Es extraño.

TOM. (Suena un disparo.) ¡Un disparo!

WILD. (Segunda detonación.) Y otro.

LA VOZ. ¡Hurra!

TOM. Es Falcón que está cazando.

ESCENA II

DICHOS Y FALCON

Falcón aparece en lo alto de la rotonda del foro, arrastrando un oso blanco muerto.

FALCON. ¡Eh, muchachos! Subid a esta altura
y ayudadme a llevar esta res
que, después de batalla muy dura,
aquí yace, tendida a mis pies.

WILD. ¿Te has herido en la lucha?

FALCON. Muy poco;
aunque al suelo caímos los dos.

WILD. Morirás por tu genio tan loco.

TOM. Y por ir de aventuras en pos.

FALCON. ¡Bah! dejadme, muchachos, dejadme
¿Quién, por ahora, se piensa morir?
Pero, qué, ¿no subís a ayudarme?

TOM. Ahora mismo.

FALCON. ¿Os ayudo a subir?

WILD. Pocas bromas, no creas que eres
el más fuerte tú aquí entre los tres;
que en nosotros, de tiernas mujeres
tú dirás, mozalbete, qué ves.
Su osadía me dieron los mares,
la firmeza me dió el aquilón;
a mi alma no enervan azares
y a mi oído no hiere el cañón.
Fuerza al brazo le dieron los remos,
a la pierna el contínuo correr;
ahí me aguarda Falcón, y veremos
quién a quién antes logra vencer.

FALCON. No te enfades, si todo es por broma.

WILD. Muy pesada, en verdad, como hay Dios.

FALCON. Este Wild todo en serio lo toma.

TOM. ¡Siempre estáis regañando los dos!
¡Arza, arriba!

WILD, Volando subamos
que le quiero a ese mozo probar
que al lugar do nosotros llegamos,
nadie llega jamás a alcanzar. (Suben los dos a donde está Falcon.)

TOM. (Examinando al oso.) ¡Brava pieza!

WILD. Animal prodigioso.

FALCON. Iza al hombro la carga.

TOM. Allá voy.

FALCON. Con cuidado bajemos, que un foso
hay al borde del sitio que estoy. (Cargan con el oso y descienden, parándose en el centro del escenario.)

WILD. Qué, ¿soltamos la carga?

FALCON. No, espera.

WILD. ¿Pues a dónde la vas a llevar?

FALCON. A ponerla aquí atrás, de manera
que se pueda mejor conservar. (Hacen mutis por detrás de la caseta, para volver a salir enseguida.)

TOM. (Saliendo.) ¡Ajajá¡ Ya está todo.

TALCON. ¡Pero hombres!
¿qué tizones dejásteis aquí?

WILD. ¡Eh, Falcon, no de tanto te asombres
que esta tierra no da más de sí!
De lograr que una astilla se prenda
no sería capaz Satanás.

FALCON. Trae maderas, rapaz, de la tienda
y verás si consigo algo más.
(Vase Wild y vuelve al poco rato con varias astillas.)

WILD. Ahí las tienes.

FALCON. (Reanimando el fuego.) Mirad si se anima.
Luce el fuego con nuevo vigor.
Nuestros cuerpos helados reanima
y se apresta a brindarnos calor.

TOM. Mas, Falcon, ¿no te sanas la herida
que en tus carnes abrió el animal?

FALCON. Es pequeña y se cura enseguida
solo al tacto del aire glacial.

WILD. Cuéntanos cómo ha sido la lucha.

FALCON. ¡Si no tiene importancia!

TOM. Falcon,
cuéntala que mi oído te escucha
con la más refinada atención.

FALCON. Cuando a aquí regresaba, cansado
de no hallar una pieza de caza,
sobre el alto peñón que rechaza
la nube hacia el cielo, asombrado,
ví ante mí un oso blanco que, fijo
y de pie, me miraba con gula.
Por mi cuerpo la sangre circula
más veloz; a mi alma le exijo
un valor que no tarda en prestarme
y me acerco a la fiera, esgrimiendo
un puñal en la diestra. Rehuyendo
el ataque, y queriendo asustarme,
se retira rugiendo furioso;
le acometo otra vez sin recelo
y, al herirle, caímos al suelo
confundidos el hombre y el oso.
Me desgarra, violento, la mano
y le entierro el puñal en el pecho.
Se levanta, vacila algún trecho,
y de nuevo a atacarme va ufano.
Yo, que huí de su garra al herirle,
cojo el arma que al brazo llevaba,
que ya en tierra, a mi planta se hallaba,
y prepárome a bien recibirle.
Con las garras hirsutas en alto,
el puñal en el pecho, y rugiendo,
por los ojos la rabia expidiendo,
se apercibe de nuevo al asalto.
Me reclama con pérfido abrazo
y le incrusto en el cuerpo una bala;

da un rugido, se agita, resbala,
y le acaba un segundo balazo.

TOM. ¡Brava hazaña!

WILD. Salvó tu pelleja
de buen trance.

FALCON. Cualquiera lo haría;
el instinto nos da valentía
y el peligro luchar aconseja.

ESCENA III

Dichos, ELENA

ELENA. (Saliendo de la caseta.) ¡Hola, tenéis aquí fuego!

TOM. Sí, señora; algunas brasas
que pugnan por apagarse.

ELENA. Pues no tenéis que dejarlas,
que es tesoro inestimable
el calor en estas altas
latitudes. ¡Eh, Falcon!
¿cómo se prestó la caza?
Habrás cobrado bastante,
pues la ausencia ha sido larga.

FALCON. Solo una pieza he cazado

ELENA. ¿Tan poco?

FALCON. Es que es muy escasa;
es decir, abunda mucho,
pero es difícil cazarla

ELENA. ¿Pues qué es ello?

FALCON. Un oso blanco.

ELENA. ¡Jesús! ¿Y tú solo?

FALCON. ¡Vaya!

TOM. Es un valiente.

ELENA. ¿Y en dónde?
está pieza tan gallarda?

FALCON. Debajo del cobertizo
de este frío resguardada.

ELENA. Está bien, bravo Falcon,
tu valentía es probada.

WILD. ¡Bah, pues hazañas como esa
cuantas me vengan en gana
hago yo!

FALCON ¡Que más quisieras!
¡Si tú apenas tienes alma
para matar una foca!

WILD. Y también para hacer cañas
el cráneo de más dureza.
Con un solo golpe de hacha
hago tu cabeza trizas.

FALCON. Eso hay que probarlo. (En actitud de reñir y sacando dos cuchillos.)

ELENA. (Interponiéndose.) ¡Basta!
¿Qué es eso de regañar
como fieras alimañas
por cosas tan baladíes?
Ya estáis dejando las armas. (Se guardan los cuchillos.)
Ahora daos las manos. (Vacilan breves instantes, pero al fin se dan las manos.)
Bien.
Y que segunda vez no haya
que intervenir.

WILD. Qué paciencia
hay que tener.

FALCON. Poco aguantas
Wild.

WILD. Si tú no fueras...

FALCON. (Observando la mirada severa de Elena.) Calla.

ELENA. (Jovial.) ¡Qué díscolos sois!

FALCON. Y usted,
qué buena.

TOM. ¡Como una santa!

ESCENA IV

Dichos, el CAPITAN

CAPITÁN. (Saliendo de la choza.) ¿Qué hacemos aquí [gandules
El trabajo dentro os llama.

TOM. (Cuadrándose.) Capitán.

CAPITÁN. ¡Pronto, al trabajo!
Y tú, Falcon ¿qué tal caza
has traído?

FALCON. Un oso blanco.

CAPITÁN. Está bien, adentro marcha. (Vanse los tres marineros.)

ESCENA V

ELENA Y EL CAPITAN

ELENA. ¡Pobres muchachos¡ ¿Por qué
con tal dureza los trata?
CAPITÁN. ¿Le parece bien, señora,
que estén aquí en cuerpo y alma
a la vagancia entregados?
ELENA. ¡Pero si no hay tal vaganeia!
Falcon, llegaba rendido
tras larga y penosa caza;
y este brasero, los otros
para todos preparaban;
que donde hace tanto frío
no están demás unas brasas.
CAPITÁN. Yo no necesito fuego
que con el aire se apaga;
si el alma calor no tiene
nadie da calor al alma.
ELENA. Pero los demás...
CAPITÁN. Señora,
veloz el tiempo se pasa
y cada instante se lleva
un tesoro en sus entrañas.
Ya estoy harto de callar
lo que mis ideas guardan,
y a decir voy el deseo
que hace que en mis venas arda
mi sangre.
ELENA. (Asustada por el giro que van tomando las frases del Capitán.) ¿Qué intenta?
CAPITAN. ¡Todo!
Sin remisión que te valga,
quiero que hoy mismo seas mía.
ELENA. ¡Horror! (Huyendo por instinto.)
CAPITAN. Si acaso te espanta
mi rudeza, ya de sobra
sabes que nunca malgasta
el capitán John Galton
el tiempo en necias palabras.
ELENA. Quisiera contestarle como debo
y la voz se me anuda en la garganta;
cuanto más la acción pienso, más me espanta
y con más rabia la existencia llevo.

Usted, que por mi esposo es hoy el jefe,
de esta aventura que compendia un sueño,
es quien le da el mortífero beleño
que he de causar su muerte. (Con profundo desprecio.) ¡Mequetrefe!
¡Qué mal a la mujer comprende el hombre!
Antes que ser de un necio poseída,
al cuerpo mío arrancaré la vida
o de los vivos borraré tu nombre.

CAPITAN. Desplantes y bravatas no me asustan,
que acostumbrado estoy a domar fieras.
Mía serás, repito, aunque no quieras;
y te advierto que gritos no me gustan.

ELENA. ¡Nunca cometeré tal villanía!

CAPITAN. Yo soy el jefe y aquí mando en todo.

ELENA. ¡Jamás a un ser le llenarán de lodo
si este ser tiene un alma cual la mía!

CAPITÁN. Nada a mi voluntad puede oponerse;
si ella me ha descubierto los arcanos
de la ciencia, que a sabios y a profanos
hizo ante sí mil veces detenerse,
con ella lograré cuanto deseo;
por ella en llanos truécanse los montes;
por ella se borraron horizontes
y ella es la luz de un nuevo Prometeo.

ELENA. Usted será el vencido de los dos;
yo, una humilde mujer, se lo prevengo;
pues yo dos armas de defensa tengo
más formidables: el amor y Dios.

CAPITÁN. ¡El amor, el amor! Mito perdido
que se hundió entre las sombras del pasado;
y yo tengo aprendido y olvidado
que no hay mujer que quiera a su marido.
Esa es arma a quien yo no tengo miedo,
y en cuanto a Dios, después que seas mía.
El te perdonará con alegría
si contrita a sus pies rezas un credo.

ELENA. ¡Blasfemo!

CAPITÁN. No hay tal cosa. Quien no cree,
no blasfema, si mal de las creencias
ajenas llega a hablar. Solo en las ciencias
mi espíritu mundano claro lee.

ELENA. Me espanta la maldad de quien se dice
hombre civilizado, cuando él mismo
abre contradiciéndose un abismo
y sus mismas ideas contradice.

CAPITÁN. ¡Basta ya de charlar, que hablar es necio!

Ven, que a estrecharte voy entre mis brazos
y te voy a probar que son mis lazos...

ELENA. Aparte usted de mí, que le desprecio,
y jamás logrará mi franco amor.

CAPITÁN. Puede ser que te pese.

ELENA. No me importa.

CAPITÁN. Soportaré mi yugo.

ELENA. Se soporta
todo menos la ofensa en el honor.

CAPITÁN. De ese honor baladí no entiendo nada
y ante cosa tan ruín no me detengo.
Mía hoy mismo serás, te lo prevengo.

ELENA. (Viendo al doctor que sale por el camino al ras del suelo del foro.) ¡El doctor! Por ahora estoy salvada.

ESCENA VI

Dichos, EL DORTOR

ELENA. Sed, doctor, muy bien venido.

CAPITÁN. Hola, Wilson.

DOCTOR. Sentiría
el que esta llegada mía
les hubiera interrumpido.

CAPITÁN. ¿Interrumpirnos? No tal.
Charlábamos.

ELENA. Sí, charlábamos.

CAPITÁN. Y sobre un punto versábamos
por demás original.
Era el amor nuestro tema;
Elena lo defendía
y yo, es claro, combatía
con mi acostumbrada flema.
¿No es esto?

ELENAr Sin duda alguna.
Llevaba usted la peor parte.

CAPITAN. Siempre en amor y en el arte
me fué adversa la fortuna.
Decía, que según la vida
de hoy, amor es un deseo,
y al satisfacerlo, veo
que tras sí no deja herida.
Es una función orgánica
como el comer y el beber,
y en vano es querer hacer
de ella una pasión volcánica.

Yo jamás en él miré
sino una necesidad,
y, en honor a la verdad,
que no me pesa, diré.
Todo eso de que el amor
fuego es, dolor o saetas,
son infundios de poetas
con que ofuscan al lector;
mas en la moderna edad
está el vate en la agonía
y reemplaza a la poesía
la ciencia, con su verdad.

ELENA. Si esa es la teoría nueva,
a la antigua yo me atengo,
pues más noble es su abolengo
y mayor dicha en sí lleva.
Me horripila el sistemático
vivir de la gente docta,
y prefiero un alma indocta
al cuerpo de un matemático.
Hoy la civilización
busca la ciencia y el oro,
y desprecia el gran tesoro
que se llama corazón;
del amor reniega el hombre
y el fátuo olvidarse osó
de què el amor le engendró
y que por él tiene nombre.
Según la nueva teoría
se anulan las ilusiones,
al suelo caen los blasones
y se pierde la alagría;
su cetro deja el amor
para que la ciencia austera
haga que su imperio muera
anulando hasta el honor.
Jamás placer ya se pida.
Si en el moderno sentir
esto se llama vivir,
¡qué poco vale hoy la vida!
Mas al anular la dicha,
sólo hacia el caos iremos,
pues la ambición que tendremos
será la mayor desdicha;
y en tan funesto oleaje
anulando la ventura,
el hombre de más cordura

volverá a ser un salvaje,
y siendo los dos lo mismo,
el supremo grado, pues,
de civilización es
el supremo salvajismo.

DOCTOR. Bien Elena se defiende;
su corazón español
es más ardiente que el sol
y a donde se acerca prende.

ELENA. Tiene usted razón. España,
patria que llena mi sér,
¿cuándo yo volveré a ver
su sol que jamás se empaña?
¿Y cuándo mi planta errante
reposo hallará en tú tierra,
y hallaré el bien que se encierra
en tú seno de gigante?

CAPITAN. España, ¡pobre nación!

ELENA. Su riqueza es fabulosa.

CAPITAN. Ya está vieja y achacosa.

ELENA. Pues su emblema es un león.

CAPITAN. Pocas hazañas hoy cuenta.

ELENA. Fué madre de mil naciones.

CAPITAN. Dominó con los cañones.

ELENA. ¿Acaso es ello una afrenta?

CAPITAN. Mayor gloria da el saber.

ELENA. Mayor la da el enseñar.

CAPITAN. No fue amiga de estudiar.

ELENA. Pero hizo al mundo aprender.

CAPITAN. Si brilló fué por orgullo.

ELENA. Dí más bien, por dignidad.

CAPITAN. Oprimió al mundo.

ELENA. Es verdad;
lo oprimió porque era suyo.
Y en vano usarás tu maña
para nublar su grandeza;
que espejo es que no se empaña
y has de doblar tu cabeza
ante la gloria de España.

DOCTOR. Aunque yo, como doctor,
solamente considero
como patria al mundo entero,
me entusiasmo ante ese ardor
de un cariño verdadero.

CAPITAN. Calla, Wilson, tus ideas
ni tú mismo las entiendes;
tú todo en ellas comprendes

y cuando una imagen creas
con ella misma te vendes.
Tan pronto quieres al mundo
como ni a tí mismo quieres;
claro muestran tus quereres
que es tu cariño profundo,
igual que el de las mujeres.

ESCENA VII

Dichos, WILD

WILD. Señor doctor, el enfermo
se va ahogando por instantes
y con voz entrecortada
solo demanda aire... aire...
ELENA. ¡Oh, qué desdicha!
DOCTOR. Con tiento
conviene que aquí le saquen.
ELENA. ¿Con este frío?
DOCTOR. No importa,
ningún mal puede causarle
y aquí del viento al abrigo
le hará beneficio el aire.
WILD. Le sacaré.
DCCTOR. Con cuidado.
ELENA. Aguarda, voy a ayudarte. (Vase con Wild a la caseta.)

ESCENA VIII

CAPITAN y DOCTOR

CAPITAN. Escucha, Wilson. ¿Tú crees
que durará mucho el belga?
Responde.
DOCTOR. Muy pocas horas
le quedan ya de existencia.
El escorbuto es un mal
que en cuanto que se apodera
de un cuerpo para atacarle,
de nada sirve la ciencia.

CAPITAN. Pues bien; ya que no podemos
concederle vida nueva,
y la suya es tan mezquina
que ya a su término llega,
hoy mismo, yendo hacia el Norte,
dejaremos estas tierras.

DOCTOR. ¿Partir hoy? Aguarda al menos
a que el desdichado muera.

CAPITAN. Imposible. El tiempo ahora
magnífico se presenta
y no hay temor de borrascas
que nuestra marcha entorpezcan.
Nada aquí valernos puede
ni nada hay que favorezca
nuestro plan aquí; al navío
dos bloques de hielo apresan
y pronto le harán quebrarse,
tal le oprimen y le fuerzan.

DOCTOR. Está bien; pero unos días
no más, de forzada espera
creo que no han de amenguar
el éxito de la empresa.

CAPITAN. Oro es el tiempo, doctor,
y el oro no se desprecia.

DOCTOR. Bien; mas hacer homenaje
a una amistad verdadera...

CAPITAN. No hay amistades, en cuanto
dañar a la ciencia puedan.

DOCTOR. Pero...

CAPITAN. No se hable más; hoy
será la partida.

DOCTOR. Espera.

CAPITAN. Jamás esperé por nadie.

DOCTOR. Bien está.

CAPITAN. El enfermo llega. (Salen Elena y Wild conduciendo a Leopoldo en una mecedora de asiento y respaldo de tela.)

ESCENA IX

CAPITAN, DOCTOR, ELENA, LEOPOLDO Y WILD

DOCTOR. (Señalando la rinconada que hace la caseta con el bastidor.) Colocadle aquí, al abrigo
de los vientos.
WILD. Aquí queda.
DOCTOR. ¿Le habéis dado ya el limón?
WILD. Ya se lo dimos, y aún resta
el jugo que helado sigue
dentro del vaso. (Mostrando un vaso que coloca cerca del fuego.)
CAPITAN. (A Elena, aparte.) No temas
hacer traición a tu esposo
pues fácil es que hoy se muera.
ELENA. ¡Miserable!
CAPITAN. No me asustan
palabras que mucho suenan.
Vamos á dentro (A todos.)
ELENA. Yo quedo
donde mi esposo se queda. (Vanse todos menos Elena y Leopoldo.)

ESCENA X

ELENA Y LEOPOLDO

LEOPOLDO. Elena, ven aquí. . ¿Por qué me dejan?...
Huyen de mí los que amistad me tienen...
Siento en mi corazón cuando se alejan,
que ya los pasos de la muerte vienen.
ELENA. Cálmate, que deliras, mi Leopoldo.
Se van porque el trabajo los reclama.
LEOPOLDO. ¡No! No me engañes, no; que ya me amoldo
a ver como se marcha lo que se ama.
ELENA. No hables más, por tu bien; calla un momento
que has de hacer que el dolor mas fuerte se abra.
LEOPOLDO. ¡No! Hablar ansío, Elena; y con mi aliento
quiero que salga mi última palabra;
tengo ansia de romper lo que me ahoga
y hacer que las ideas de mi mente

surjan en frases rápidas, cual boga
una tabla, de un río en la corriente.
Quiero hablar muy deprisa, pues presiento
que ya mi voz, como mi cuerpo, muere;
y no concibo más cruel tormento
que no poder decir lo que se quiere.
Quiero olvidar, hablando con vehemencia,
el dolor que mis músculos desgarra.
Nada haré por vivir, que mi existencia
troncha la muerte ya con dura garra.

ELENA. De visiones de loca fantasía
exaltada por fuerte calentura
crees contar realidades, como haría
un loco que contase su locura.

LEOPOLDO. No son delirios, no; mi frente toca
y fría la hallarás como la muerte;
tu mano, Elena, hacia mi sien coloca
y verás como está mi pulso inerte;
y sí frío y sin fuerzas aquí yago,
mal puedo yo tener febril delirio.
Hizo en mí el escorbuto tal estrago
que es la existencia para mí un martirio.

ELENA. Loco, para de hablar.

LEOPOLDO. Callar no puedo.

ELENA. Sufrirás más dolor.

LEOPOLDO. Más no es posible.

ELENA. Ve, que te morirás.

LEOPOLDO. No tengo miedo.

ELENA. ¿Tú te quieres morir?

LEOPOLDO. Es preferible.
No puedo ya aguantar tanta tortura...
Crujen mis huesos por doquier quebrados...
y mi carne se pudre y poco dura
la fuerza de mis nervios quebrantados.

ELENA. No hables así, Leopoldo, que me hieres
y sufro por mirarte sin consuelo;
¿no me tienes a mí? ¿pues qué más quieres
tú, que dices que soy tu nuevo cielo?
Ten en Dios fe, que él salva a los creyentes

LEOPOLDO. Toda mi vida fuí muy descreído.

ELENA. El te perdonará como lo intentes
si quedas de verdad arrepentido.

LEOPOLDO. Es muy tarde; ya nada lograremos;
la vida huye fugaz como mi charla...
Reímos de la muerte, hasta que vemos
que se acerca a nosotros sin llamarla...
¡Ay, Elena!... ¡Me ahogo!... ¡Que me ahogo!...

ELENA. ¡Auxilio!
LEOPOLDO. No, no grites... dame el jugo...
del limón...
ELENA. Toma, bebe. (Le da el vaso que ha puesto junto a la lumbre. Tras breve pausa, viendo que Leopoldo se reanima) Yo me arrogo
la dicha de vencer a tu verdugo.
LEOPOLDO. No le venciste, no; por breve rato
abandona su presa... luego vuelve
otra vez... a cerrar su horrrible trato...
y mi vida en la muerte se disuelve.
Escucha, Elena, quiero que me dejes
un deseo cumplido... Cuando muera,
cásate con Galton.
ELENA. (Horrorizada.) ¡Jamás!
LEOPOLDO. Que alejes
lo que fuí yo de tí, por él quisiera.
ELENA. ¡Jamás seré yo espejo de ruindades!
Para siempre te dí mi corazón.
LEOPOLDO. Es mi amigo más fiel.
ELENA. No hay amistades
cuando surge por medio una ambición.
LEOPOLDO. Perdona... era por tí.
ELENA. Calla, Leopoldo
que aquí salen. (Salen todos los personajes de la obra. Traen un trineo que, de poder ser, le conducirán perros; y si no, irá tiradó por los tres marineros.)

ESCENA XI

LEOPOLDO, ELENA, el CAPITAN, el DOCTOR, TOM, WILD y FALCON

CAPITAN. ¿Está todo dispuesto?
TOM. Todo.
ELENA. (Extrañada de tanto aparato.) ¿Qué dicen?
CAPITAN. ¿Habéis puesto el toldo
en el trineo?
WILD. Sí, ya le hemos puesto.
ELENA. Mas, ¿qué quiere decir tanto aparato?
CAPITAN. Quiere decir que ya de aquí partimos.
ELENA. ¿Pero qué es lo que intentas, insensato?
CAPITAN. Pues seguir el viaje que emprendimos.
ELENA. ¿Mas no comprende usted, Galton maldito,
que es temerario en tales circunstancias
la marcha continuar?

CAPITAN. (Con altivez.) ¡Calla! Repito
que ya he domado muchas arrogancias.

ELENA. ¡Pero si es que el instinto humanitario
el viaje prohibe! ¡Si mi esposo,
dado su estado, que es ya tan precario,
necesitado está de algún reposo!

CAPITAN. ¿Quien exclamó que descansar no puede?
Por su vida no diera ni un penique.
¿Quiere aquí descansar? Pues que se quede,
sin que esto nada a mi designio implique.
Su existencia se acaba.

ELENA. ¡Miserable!
¿Piedad no te merece un moribundo?
¿Acaso a los modernos no os es dable
tener piedad por seres de este mundo?

CAPITAN. Señora, me entretengo con su charla
y el tiempo va gastándose ligero;
póngase en marcha ya sin tanta parla
que el viaje empezar al punto quiero.

ELENA. ¡No partiré! ¡Jamás cometería
infamia que jamás vieron los tiempos.
¡Partid todos, partid, que esta acción mía
a todos os evita contratiempos!

LEOPOLDO. Elena, déjame, parte con ellos...
que aún tienes mucha vida por delante,
y yo, en cambio, ya veo los destellos
que va expidiendo la mortal tajante.

ELENA. ¡No, Leopoldo!

LEOPOLDO. ¡Por tí!

ELENA. ¡Jamás, Leopoldo!

LEOPOLDO. Marcha, que mi alma va también contigo
y moriré tranquilo, aunque mi rescoldo
quede por la perfidia de un amigo.

CAPITAN. ¡Basta ya de simplezas! Tom, en marcha;
(Sacan el trineo cubierto por un toldo que hasta entonces estaba detrás de la caseta.)
cuida de que el trineo bien resbale;
ya que al hielo cubierto por la escarcha
nada a resbaladizo hay que le iguale.

FALCON. Capitán, yo me quedo.

CAPITAN. ¡Hola, Falcon!
¿A qué viene ahora eso?

FALCON. Hasta que venga
la señora y su esposo...

CAPITAN. (Interrumpiéndole.) No hay razón
para que nadie tu intención detenga.

Quédate aquí, verás qué vida llevas:
balas, pólvora y víveres te faltan;
(Saturando sus palabras de ironía.)
¿y eso qué es para tí? Cuando te muevas,
eso darás a los que así te exaltan.
Del aire has aprendido a alimentarte;
todo conseguirás

FALCON. (Vencido.) Perdón, señora.
Yo la quise salvar, mas por mi parte
muy poco es lo que puedo hacer ahora.

ELENA. Sigue, muchacho, sigue tu camino
y por nada deténgase tu paso;
que lo que en mármol esculpió el Destino
no lo puede borrar nunca el Acaso.
Tú serías muy bueno en otra tierra
donde un alegre sol brilla en los cielos;
pero aquí, con el frío en terca guerra,
se heló tu corazón entre los hielos.

DOCTOR. Ya es hora de partir.

CAPITAN. ¡En marcha, pronto!

ELENA. ¡Piedad, por compasión!

CAPITAN. Marchad deprisa.

FALCON. Señora...

CAPITAN. (A Falcon.) Ayuda a Tom.

FALCON. Es...

CAPITAN. Medio tonto,
mira que a todos servirá de risa.

ELENA. ¡Auxilio, por piedad; no ser crueles!...

CAPITAN. Aprisa, aprisa, que se me hace tarde. (Vanse.)

ELENA. Ya apuré del dolor todas las hieles...

LEOPOLDO. Luchas por ambición... ¡Adiós, cobarde!...

ELENA. De acción tan ruín, testigo será el cielo
que por amor permite que me inmole.
Ya que tenéis el corazón de hielo,
que os aplasten los hielos con su mole.

(El trineo acaba de desaparecer por el camino al ras del suelo del foro, y quedan en escena Leopoldo y Elena.)

ESCENA ULTIMA

LEOPOLDO y ELENA

LEOPOLDO. ¡Ay de mí, Elena! Ya la vida mía
toca a su fin.

ELENA. (Con estupenda energía.)
¡No, no! ¡Que vivas quiero!

LEOPOLDO. Este es el estertor de la agonía
y bien claro conozco que me muero...
¡Ay! (Se retuerce en horribles convulsiones.)

ELENA. ¡Socorro!... (Agitándose como loca sin saber qué resolver.) ¿Qué hacer? Mi vida entera
si yo pudiera darte, te daría.

LEOPOLDO. Me ahogo...

ELENA. (Va con ansiedad a coger el vaso y lo tira con rabia al observar que está vacío.)
¡No hay limón!
¡Suerte más fiera
jamás segunda vez se mostraría!

LEOPOLDO. Aire... que me asfixio... por tu vida
tiemblo más que por mí.

ELENA. Calla, es delirio;
tú curarás.

LEOPOLDO. Ya no; tremenda herida
lleva mi alma al fin de este martirio.

ELENA. (Con la desesperación de un loco.)
¡Vive, Leopoldo!

LEOPOLDO. Ya no puedo más...
¡Tengo frio!...

ELENA. (Abrazándole como queriendo transmitirle su calor.)
Calor de mí te apropia
que con él nueva vida tomarás
y tu alma será la mía propia.

LEOPOLDO. Me muero... hasta después... Elena. . Adios.
(Muere presa de violentas convulsiones,)

ELENA. ¡Ah! (Retrocede asustada.)
Ya no vive... su cuerpo ya está terso...
¡Y cómo es que, al ver esto, habiendo un Dios,
no se ha resquebrajado el Universo?
¡Es horrible! ¡Es horrible! Mi cabeza
siento que va a estallar en mil pedazos
y en mi cuerpo ya siento la rudeza
de una tanda sin fin de cintarazos.
(Sube por el camino alto a la rotonda y dirigiéndose hacia donde se marcharon los exploradores.)

¡Capitán John Galton y compañía!
El crimen perpetrado entre los hielos,
por designio del Dios, que al mundo guía,
su venganza tendrá bajo los cielos.
Ciegos estáis por un nublado espeso
al no ver de este hielo en la espesura
que él os ha de servir de sepultura;
vuestros cuerpos caerán bajo su peso
y con ellos caerá vuestra locura.
Tras vuestro crimen, que al infierno aterra,
todo se sume en tenebrosa calma;
¡sólo hay frío doquier! ¡hielo en la tierra!
¡hielo en el corazón! ¡¡hielo en el alma!!...

Telón.

FIN DEL DRAMA



Precio: UNA peseta.

